

# VIOLENCIA Y SEGURIDAD: DOS CLAVES PARA RESIGNIFICAR LA PAZ EN EL SALVADOR

Jenny Pearce  
Profesora e Investigadora  
Latin America and Caribbean Centre  
London School of Economics  
j.pearce3@lse.ac.uk

Recepción: 2 de mayo de 2017  
Aceptación: 16 de mayo de 2017

## RESUMEN

Este documento explora las herramientas conceptuales para invertir significados en la palabra “paz” para alentar un debate más amplio y profundo sobre los significados del Acuerdo de 1992 a la luz de las violencias de la posguerra. La paz corre el peligro de ser un “significante vacío” si no está invertido en significados filosóficos y prácticos para la sociedad que lo invoca. El documento argumenta que el primer paso es ver la “paz” como lo opuesto a la violencia, no la guerra o el conflicto. Argumenta que la violencia es un fenómeno cargado de significados y que genera significados. Todas las violencias importan. No deberíamos seleccionar algunos como más importantes que otros. La seguridad debe vincularse a las prácticas que reducen la violencia. Debería abrir el espacio para que las personas construyan condiciones para vivir juntas sin violencia.

**Palabras clave:** violencia, seguridad, paz, El Salvador

## ABSTRACT

This paper explores conceptual tools for investing meanings in the word ‘peace’ in order to encourage a wider and deeper debate on the meanings of the 1992 Accord in the light of post war violences. Peace runs the danger of being an ‘empty signifier’ if it is not invested in philosophical and practical meanings for the society which invokes it. The paper argues that a first step is to see ‘peace’ as the opposite of violence not war or conflict. It argues that violence is a phenomenon laden with meanings and which generates meanings. All violences matter. We should not select some as more important than others. Security needs to be attached to practices that reduce violence. It should open up the space for people to build conditions to live together without violence.

**Keywords:** violence, security, peace, El Salvador

# VIOLENCIA Y SEGURIDAD: DOS CLAVES PARA RESIGNIFICAR LA PAZ EN EL SALVADOR

Jenny Pearce  
Profesora e Investigadora  
Latin America and Caribbean Centre  
London School of Economics  
j.pearce3@lse.ac.uk

## INTRODUCCIÓN

Este artículo da seguimiento al presentado en mayo de 2017, en Guatemala, con motivo del XX aniversario de sus Acuerdos de Paz. He decidido considerar este artículo como un «par» en tanto que PROPAZ Guatemala, al invitarme, colocó mi conferencia dentro de una serie titulada «Resignificando la Paz»<sup>1</sup>. Esta idea de significación es un punto central cuando pensamos acerca de la paz. Para muchos, la paz continúa siendo un «significante vacío»; es una idea de resonancia profunda. Sin embargo, hay muy poca comprensión compartida sobre lo que pueda o deba significar. Este artículo trata de cómo el concepto de «resignificación» —tomado a partir de los significados de paz al momento de los Acuerdos de Paz de 1992 en El Salvador— podrían ser la base de una discusión social sobre cómo alcanzar una comprensión compartida del significado de paz.

---

1 Jenny Pearce, ¿Quiénes Construyen la Paz?: *Veinte Años de Aprendizaje desde Guatemala a Colombia*. (Guatemala: Fundación Propaz, Ciclo de Conferencias Internacionales, 2017)

Cuando El Salvador reflexiona en el XXV aniversario de sus Acuerdos de Paz, nos recuerda que antes de los Acuerdos de Paz colombianos de 2016, junto con Guatemala, compartía la distinción de ser los únicos países de América Latina que han experimentado un proceso formal de paz. No obstante, más adelante ambas naciones han ganado la distinción de haberse convertido en dos de los países con los más altos niveles de violencia en la región. A pesar de no sentirme cómoda con la constante competencia estadística de violencia sobre las tasas de homicidio en la región, el conteo de cuerpos nos ha mostrado que ha habido «competencia» entre El Salvador y Honduras respecto a los niveles más altos en tasa de homicidios, siendo la tasa de estos en Guatemala un poco menor, sin dejar de ser significativa<sup>2</sup>. Al comparar los dos artículos, quiero explorar en el contexto salvadoreño una proposición que presento en el de Guatemala. Esta es que, si la violencia no generada por una guerra se considera el opuesto de la paz (como estimo que es así en este caso), ¿cómo entendemos los Acuerdos de Paz en relación con los tipos de violencia que han sobrevenido? Algunos ven los Acuerdos de Paz como la finalización de un periodo de guerra civil y violencia política. Para muchos, la «violencia justificada» es política. A menudo se dice que los diferentes tipos de violencia posteriores son de tipo social o criminal, es decir, injustificadas. En entrevistas realizadas en El Salvador, hay malestar, o más bien indignación, que al discutir acerca de la paz de 2017 no sería en nada parecido al término de paz discutido en 1992. La primera finalizó una larga lucha sobre ideales y valores. Mientras que la segunda es sobre interés propio y adquisición<sup>3</sup>. El pensar en términos de una «paz social»<sup>4</sup> se podría diferenciar la paz política de 1992 en El Salvador y nos capacita a resistirnos

2 Ha habido cuestionamientos serios acerca de si en Guatemala realmente se cuentan todos los «cuerpos» y, cuando se cuentan, los fundamentos en los cuales se atribuye la motivación y se identifica al perpetrador. Estos asuntos que, sin duda alguna, no son exclusivos de ese país, se discuten en un importante y esclarecedor estudio. Cfr. Stephen Dudley, «Homicides in Guatemala: Analyzing the Data. 20 Abril» (2017), disponible en <http://www.insightcrime.org>

3 Esta no es una nueva preocupación. Ellen Moody rememora una conversación que tuvo con un científico social de los Estados Unidos que había estado en El Salvador, en los años 80, y quien dijo: «No puedes comparar bombas con robos». Ellen Moody, «El Salvador in the Aftermath of Peace» (Philadelphia: University of Philadelphia Press, 2010), 12.

4 Conversación con Isabel Aguilar, Ciudad de Guatemala, mayo de 2017.

a equiparar la violencia social y política. Sin embargo, mientras que es útil diferenciar la paz social y política, el diferenciar la violencia social y política nos conduce a argumentos complejos e interminables acerca de justificaciones de la violencia, lo que podría volver aún más difícil el resignificar la paz.

Como pasé un tiempo en El Salvador durante la guerra, puedo atestiguar del sentido de lucha que llevó a muchos salvadoreños a participar en el movimiento revolucionario de los años 80, al menos, entre los campesinos con los cuales pasé un tiempo en Chalatenango para superar las objeciones religiosas de usar violencia en un acto de rebelión justificada<sup>5</sup>. Para aquellos de la derecha, su violencia tenía justificación política en términos de preservar un orden del cual históricamente solo unos pocos se habían beneficiado. Puedo comprender cómo al no distinguir entre la violencia de la guerra y la violencia de la posguerra parecería negar el sentido de la guerra como una lucha por justicia social o de élite de poder.

Hanna Arendt argumentaba que la violencia puede ser justificada<sup>6</sup>, pero nunca legitimizada. El problema, argumentaría yo, yace en lo que se entiende por violencia. Así que la primera parte de este artículo partirá de la discusión iniciada en el artículo de Guatemala acerca de la violencia como un fenómeno con sus propias distinciones. Al poner la violencia en el centro de nuestra discusión, en lugar de calificarla (como social o política) o reducirla a justificaciones y causalidades impugnadas o asumir alguna inevitabilidad ontológica, podríamos comenzar a entender el fenómeno mismo. Tan solo al hacerlo de esa manera (es mi argumento) podemos comenzar a reducirla e iniciar la compleja tarea de discutir cómo los salvadoreños podrían re-imaginar y edificar la paz.

La reducción de la violencia es el otro aspecto de la construcción de la paz; sin embargo, la complejidad de ambas no es tan simple como parece. Así como la guerra es un aspecto de la violencia<sup>7</sup>, un aspecto colectivo, la seguridad es un aspecto de la paz. A pesar de que tanto la seguridad como la

---

5 Jenny Pearce, *Promised Land: Peasant Rebellion in Chalatenango, El Salvador* (London: Latin America Bureau, 1986).

6 Hanna Arendt, *Violence* (New York: Harvester Press, 1970).

7 Willem Schinkel, *Aspects of Violence* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010).

violencia se usan de manera muy parcial y selectiva, ambos conceptos necesitan ser aclarados junto a la redefinición de paz. Seguridad, como término de origen latín, *securus* (se- sin- cura- cuidado) que literalmente significa «sin cuidado» o sin ansiedad, no solo se refiere al orden. La ansiedad es parte del repertorio de respuestas de nuestro cuerpo al estrés, mientras que la violencia y seguridad traen a nuestros cuerpos a la discusión, nuestros cuerpos vulnerables. Si vamos a darle significado a la paz en El Salvador, debemos reconocer que nuestros cuerpos son cuerpos sociales y que daño somático y ansiedad son lo opuesto a la paz. Las relaciones sociales que construimos impactan en la naturaleza y calidad de nuestro bienestar personal, cuyo nivel actúa, a su vez, de una forma interactiva en nuestras relaciones sociales. Estos impactos, asimismo, afectan nuestras políticas y respuestas a la violencia e inseguridad. Si vamos a intentar interrumpir los ciclos intergeneracionales de violencia, se necesita entender los mecanismos de reproducción de violencia y preguntarnos si nuestras políticas y reglas son, en realidad, esos mecanismos o si estos, en realidad, construyen paz.<sup>8</sup>

## **VIOLENCIA: ¿ES LO OPUESTO A PAZ?**

### **El fenómeno de violencia**

El punto de partida para la discusión que estoy proponiendo es que la violencia se debe percibir como lo opuesto a la paz. Al extraer el concepto de paz de su usual antítesis de guerra, es posible hacer visible el problema de violencia por sí solo, en lugar de las formas particulares que este toma ¿Por qué es importante esto? Es importante si el objetivo es explorar los complejos senderos que conducen a la reducción de la violencia en todas sus manifestaciones, en vez de esas seleccionadas como las violencias que «importan». La selectividad que se hace de las violencias significa que fallamos

---

8 Jenny Pearce, «Bringing Violence back home: Gender Socialization and the Transmission of Violence through Time and Space». *LSE's Global Civil Society Yearbook* (London: Sage, 2007); «Perverse State Formation and Securitized Democracy in Latin America» en *Democratization* (2010), 286-306; «Politics and Violence» (London: Palgrave Macmillan, 2018, en imprenta).

en ver las interconexiones entre violencias en el espacio social. Con esto no se desea argumentar que la idea de una «continuidad» de violencia en la cual la violencia en un espacio social que puede conducir en otro es un rastro fácil a seguir o que existe cualquier linealidad cronológica en este proceso.<sup>9</sup> Sin embargo, sí se puede argumentar que hay suficiente evidencia, que existen ciertas conexiones entre, por ejemplo, violencias de adolescentes y niñez traumática, o violencias en el espacio íntimo y violencias en distintos espacios públicos (la calle, escuelas, prisiones, etc.) para hacer que esta pregunta valga la pena investigarla. Entender de mejor manera los mecanismos que generan la violencia es fundamental, si queremos evitar la disposición de ir a la guerra; pero, también el deseo de causar dolor en los cuerpos de otros (y de nosotros mismos) a cualquier hora y en cualquier espacio social. Esto último parece ser visto como «normal» o de otra manera como violencia patológica, mientras que la guerra se ve como algo «excepcional». Nos tenemos que preguntar, sin embargo, ¿por qué las crueldades de la guerra deben ser medidas de una manera distinta a las crueldades de la paz? No todo crimen es violencia y no toda violencia es crimen. ¿Cuándo y cómo decidimos que la violencia es criminal?

Más que un fenómeno, la violencia con frecuencia es tratada en términos de categorías, tipos y manifestaciones.<sup>10</sup> El filósofo Willem Schinkel ha desafiado este enfoque al argumentar que un enfoque en violencias de micro nivel variadas puede ser en detrimento de ver, o permitirnos ver, los impactos de la violencia en la «reducción de ser» a través de violencias de Estado, estructural y privada, tres formas típicas de violencia.<sup>11</sup> Él disputa la semántica que separa una vida social no violenta de «una vida social, violenta y patológica».<sup>12</sup> La «reducción de ser», de Schinkel, es un enfoque ontológico muy amplio a la violencia humana, la cual trata de explorar la violencia

---

9 Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois, «Introduction: Making Sense of Violence» en *Violence in War and Peace: An Anthology* (2004), 1-32.

10 Caroline Moser y Ailsa Winton, *The Central American Region: Towards and Integrated Framework for Violence Reduction* (London: Overseas Development Institute Working Paper, 2002), 171.

11 Willem Schinkel, «Aspects of Violence», 45.

12 Willem Schinkel, «Aspects of Violence», 22.

que gira a través de sistemas sociales, en los cuales el Estado está enfrentado a la violencia privada y es visto como una solución a esta, pero también puede ser la forma en que se ejecuta la violencia estructural.<sup>13</sup> A pesar de estar en desacuerdo con lo que él llama «la trampa humanista», del lente de Johan Galtung como investigador de la paz, sí está de acuerdo con Galtung en que la violencia es «lo que aumenta la distancia entre lo real y lo potencial».<sup>14</sup>

El mapa de Moser y Winton sobre «tipos de violencia en Centroamérica», en realidad, trata de mostrar la relación entre categorías, tipos y manifestaciones de esta.<sup>15</sup> Por lo que la categoría institucional/política está asociada con la violencia institucional del Estado y otras instituciones informales, incluyendo al sector privado. Se manifiesta en asesinatos extrajudiciales por parte de la policía, limpieza social de maras, niños de la calle y linchamientos por parte de las comunidades o el Estado. Ellos ubican a las maras en la categoría de violencia social/económica y su violencia se manifiesta como «territorio» de violencia colectiva, robo y hurto. La violencia social es una categoría que incluye violencia doméstica entre adultos y se manifiesta en abuso sexual o psicológico. Sus tipologías, de hecho, hacen visible las violencias plurales, aunque no hacen referencia a la investigación de Schinkel para la reducción sistemática de humanidad, la cual viene a través del fenómeno de la violencia y solo es visible cuando se reconocen las interconexiones entre la violencia de Estado, estructural, y privada.

Las violencias típicas/ideales de Schinkel, como las de violencia estructural de Galtung, son formas de ver la violencia que conducen a «una violencia de metateoría», en el caso de Schinkel, y a una conceptualización extendida en el caso de Galtung. Ambos ofrecen proposiciones importantes, aunque hacen difícil imaginar cómo progresar en un mundo de violencias mutantes, multiplicadoras y reales. Moser y Winton<sup>16</sup> ofrecen un enfoque

---

13 Willem Schinkel, «Aspects of Violence», 199

14 Johan Galtung, «Violence, Peace and Peace Research Journal of Peace Research» (1968), 168.

15 Caroline Moser y Ailsa Winton, *The Central American Region: Towards and Integrated Framework for Violence Reduction*, 171.

16 Caroline Moser y Ailsa Winton, *The Central American Region: Towards and Integrated Framework for Violence Reduction*.

más amigable, repetido en muchas discusiones acerca de cómo responder a la pluralidad de violencias y su naturaleza crónica.<sup>17</sup> Sin embargo, hasta ahora estas contribuciones al debate no han caído en tierra fértil. Enfoques sobre reglas todavía no reconocen el desafío de abordar la violencia, en vez de sus expresiones particulares, abordadas de manera selectiva.

Existe una razón, en mi opinión, del porqué no. La violencia sigue siendo esa parte de nosotros que nos negamos a aceptar. Incluso para el concepto de dolor se cuenta con sonidos, mas no palabras que lo puedan explicar; los gemidos del dolor desafían al lenguaje e, incluso, se ha sugerido que lo destruyen, generando un retroceso, un regreso a la etapa anterior al lenguaje: la etapa de los sonidos y gemidos que preceden al aprendizaje del idioma.<sup>18</sup> Nuestra selectividad al clasificar los tipos de violencia, cuando aceptamos o justificamos algunas de ellas, se debe (en parte) a la incapacidad o renuencia de comunicar a otros —y a nosotros mismos— los sentimientos que la violencia como fenómeno produce en nosotros. Es mejor aceptar que es inevitable y que podemos hacer uso de ella en ciertas ocasiones y condenarla en otras. Es por esa razón que necesitamos herramientas que nos faculten para confrontar el fenómeno de la violencia y comenzar a discutir si será posible abordarla en cualquier forma que se manifieste.

Dicho proceso requiere, a mi ver, de una plática interdisciplinaria. Esa conversación comienza con nuestros cuerpos, al reconocer la violencia en diferentes contextos culturales y los daños físicos y psicosomáticos que conlleva.<sup>19</sup> El antropólogo David Riches sostiene que la violencia es un recurso social y cultural cuya potencia radica en el hecho de que es igualmente eficaz para propósitos prácticos (instrumentales) y simbólicos (expresivos).<sup>20</sup> Esto último nos lleva hacia significación o significado. La parte final de esta sección tomará los cinco componentes para entender la violencia como un

---

17 Jenny Pearce, «Violence, Power and Citizenship in Contexts of Chronic Violence». *IDS Working Paper No. 274* (Brighton: Institute of Development Studies, 2007); Tani Adams, «Chronic Violence and Non-Conventional Armed Actors: A Systemic Approach». *Report Series on Non Conventional Armed Actors* (Oslo: NOREF and Clingendael, 2014).

18 Elaine Scarry, *The Body in Pain* (Oxford: Oxford University Press, 1985), 4.

19 David Riches, *The Anthropology of Violence* (Oxford: Basil Blackwell, 1986).

20 David Riches, *The Anthropology of Violence*, 25.

significado cargado y un fenómeno generador de significado<sup>21</sup> descrito en el trabajo presentado en Guatemala, pero no desarrollado.

1. La violencia no es lo mismo que la agresión. La violencia es una emoción humana innata a través de la cual somos capaces de responder a las amenazas, ya sea a través de la agresión o con las formas de calmar una situación. Ambas respuestas son posibles.

Si la violencia se distingue de la agresión, también nos permite distinguir nuestra biología de nuestra sociabilidad. Los biólogos de la actualidad no son los de la década de 1960, cuando el debate sobre la violencia fue eclipsado por el determinismo de biólogos como Konrad Lorenz. Esto cerró las conversaciones interdisciplinarias. No obstante, la posibilidad de tales conversaciones ha sido reabierto por una nueva generación de biólogos que han reconocido que nuestros cuerpos son cuerpos sociales, y los químicos y las hormonas en ellos reaccionan a nuestro entorno social. Así, la bióloga Debra Niehoff argumenta que «la violencia es la falta de respeto a la frontera entre la agresión aceptable e inaceptable...»<sup>22</sup> El comportamiento se desarrolla, no se determina. Debido a que los comportamientos sociales como la agresión se encuentran a la vanguardia de la adaptación al medio ambiente, se encuentran entre los elementos conductuales más susceptibles al cambio. Por lo tanto, la agresión puede ser positivamente adaptable para permitirnos dar respuesta a las amenazas, y hacerlo sin agresión a través de químicos en el cerebro y neurotransmisores, tales como la serotonina. Un déficit de serotonina puede conducir a comportamientos impulsivos y agresivos. Bajos niveles de serotonina afectan la corteza prefrontal y su capacidad para controlar la agresión y la ira. Estos niveles son afectados en la vida temprana por la experiencia prenatal y posnatal.<sup>23</sup> Gerhardt tiene un argumento poderoso para la forma en que nuestros cerebros se desarrollan en nuestros primeros meses a través de las relaciones con la gente que nos rodea. El afecto, literalmente, moldea el cerebro de un bebé, es el subtítulo de su libro.

---

21 David Riches, *The Anthropology of Violence*, 25.

22 Debra Niehoff, *The Biology of Violence* (New York: The Free Press, 1999), 261.

23 Sue Gerhardt, *Why love matters: how affection shapes a baby's brain* (Hove: Routledge, 2015), 173

2. La violencia está profundamente arraigada en nuestras relaciones sociales.

Para continuar con los argumentos de Gerhardt, ella sostiene que «la vida emocional es en gran medida una cuestión de coordinarnos con los demás, a través de la participación en sus estados de ánimo y, por lo tanto, predecir lo que van a hacer y decir».<sup>24</sup> El punto es que nuestros cerebros y nuestros cuerpos son cuerpos sociales. No tenemos que reducir nuestro entendimiento del cuerpo a un proceso biológico, sino más bien entender las interacciones entre lo biológico y lo sociológico. Esto significa que la agresión se expresa no solo como una función biológica de la serotonina y sus receptores en la corteza orbitofrontal, una parte clave de nuestra vida emocional. Es en la forma en que nuestras relaciones sociales nos permiten construir las capacidades biológicas para hacer frente a las amenazas y temores que nos suceden a través de la vida. Las rupturas en apego a los actores clave de apoyo social en nuestras vidas pueden tener un impacto severo, como el psicólogo John Bowlby ha argumentado persuasivamente<sup>25</sup>. El apego y los traumas relacionados son experiencias notables de guerra, así como lo que Arévalo y Tager llaman «violencia armada social»<sup>26</sup>. Por lo tanto, es la forma en que construimos nuestras relaciones sociales que nuestra agresión biológica se convierte en lo que llamamos «violencia». El pensador de la paz, Adam Curle, por el contrario, prefirió hablar en términos de relaciones pacíficas y poco pacificadoras en lugar de definir la paz misma<sup>27</sup>. Es la reproducción de la violencia a través de espacios sociales y con el tiempo lo que lo convierte en un fenómeno crónico.<sup>28</sup>

---

24 Sue Gerhardt, *Why love matters: how affection shapes a baby's brain*, 31

25 John Bowlby, *Attachment Vol. 1 Attachment and Loss* (Harmondsworth: Penguin, 1971).

26 Bernardo Arévalo De León y Ana Glenda Tager. «Armed Social Violence and Peacebuilding: Towards an Operational Approach» en *Undeclared Words Exploring a Peacebuilding Approach to Armed Social Violence* eds. Unger, Barbara, Dudouet, Veronique, Dressler, Matteo y Austin (Berlin: Berghof Foundation, 2016), 1-30.

27 Adam Curle, *Another Way: Positive Response to Contemporary Violence* (Oxford: John Carpenter Publishing, 1995), 10.

28 Jenny Pearce, «Violence, Power and Citizenship in Contexts of Chronic Violence»; Tani Adams, «Chronic Violence and Non-Conventional Armed Actors: A Systemic Approach».

3. La violencia afecta al cuerpo y sus efectos son somáticos. El cuerpo es un cuerpo social, por lo que tenemos que pensar en el cuerpo biológico en su contexto social.

Además de originarse en la interacción de la biología con nuestras relaciones sociales, la violencia impacta en nuestros cuerpos y genera daño en ellos, tanto físicos como psíquicos. La idea de que la violencia implica actos de daño somático es el punto por el cual se ve al fenómeno como algo que debe ser visto más allá de sus formas particulares. Entendiendo que se trata de actos y acciones de daño somático se tiene una manera de ver lo que todas estas formas tienen en común y, tal vez, menos inclinados a ver algunos como más importantes que otros.<sup>29</sup> Se nos alienta a investigar los mecanismos de reproducción de la violencia. A diferencia de la agresión como respuesta biológica, la violencia genera y está cargada de significado.

El hincapié que se hace sobre las relaciones sociales es que la violencia puede verse como un término que le damos a algunos hechos y acciones de daño somático<sup>30</sup>. Esto se hace porque la violencia no solo es un medio instrumental para lograr objetivos, sino que también comunica mensajes efectivos y rápidos a los demás. La violencia, a su vez, como podría discutirse, produce su propio significado. El mismo hecho de dañar nuestro cuerpo (y el de otros) hace de la violencia un medio de comunicación. Los terroristas suicidas hacen ambas cosas, se dañan a sí mismos y dañan a otros de manera que crean significado no verbal sobre la violencia en sí y algunos jóvenes parecen encontrar satisfacción y redención haciendo eso. En una acción de destrucción personal y colectiva, la violencia no alcanza ningún objetivo inmediato más que la muerte, pero le muestra al mundo que es capaz de perturbar hasta el más seguro de los ambientes tal como cruzar un puente, caminar por la orilla de la playa o caminar en la calle junto a cientos de peatones.

---

29 Jenny Pearce, «Politics and Violence».

30 Jenny Pearce, «Politics and Violence».

5. La violencia es lo opuesto al poder (no-dominante).

De forma contradictoria, Hannah Arendt argumenta que la violencia es lo opuesto al poder.<sup>31</sup> Lo hace porque su entendimiento del poder se basa en la construcción de un consenso intersubjetivo a lo que yo llamaría poder «no dominante». Mientras que no muchos comparten la interpretación de poder de Arendt, la noción de que hay una forma de poder que es incompatible con la violencia, lo cual es reconocer al otro como un interlocutor, a pesar de las diferencias y desacuerdos, es importante para cualquier discusión sobre la paz. Por lo tanto, al pensar en los potenciales para lograr relaciones pacíficas, tenemos que pensar acerca de la forma en la que el poder dominante o la falta de poder sobre otros puede actuar como un mecanismo de reproducción de violencia. Esto tiene mucho sentido, sobre todo, cuando exploramos los aspectos de género de la violencia y el hecho de que la inmensa mayoría de homicidios son cometidos por hombres jóvenes contra otros jóvenes.

La Organización Mundial de la Salud concluyó en el 2014 que los hombres representan el 82 por ciento de todas las víctimas de homicidios, mientras que las tasas más elevadas estimadas de homicidio en el mundo se encuentran entre hombres de edades de 15 a 29 años, seguido por hombres de 30 a 44 años.<sup>32</sup> Estudios sobre la masculinidad y la violencia señalan que la forma en que las construcciones sociales de masculinidad hacen a un hombre más hombre por los actos de violencia, lo que es el caso contrario en las mujeres. La violencia crea significado alrededor de la masculinidad que, a su vez, perpetúa construcciones hegemónicas de lo que significa ser hombre a través de la mayoría de culturas.<sup>33</sup>

Estas características peculiares de la violencia nos ayudan a comprender por qué esta se puede visualizar de manera fenomenológica, con respecto a la forma que ésta surge y se experimenta. Si bien su presencia en

---

31 Hanna Arendt, *Violence*.

32 World Health Organization (WHO), *Global Status Reports on Violence Prevention* (Geneve: WHO, 2014).

33 Jenny Pearce, «Bringing Violence back home: Gender Socialization and the Transmission of Violence through Time and Space».

la vida cotidiana se experimenta de forma diferente que en otros contextos políticos, la violencia siempre transmite significados y los crea a través del daño somático que inflige en el cuerpo de otros y, algunas veces, en el nuestro.

## La violencia en El Salvador

Al leer la literatura sobre la violencia de posguerra en El Salvador, me siento impactada por la riqueza de respuestas. Mientras que parte de esto, no todo, ha llegado de parte de académicos internacionales, agentes comunitarios, políticos y civiles, fue un salvadoreño quien abrió la discusión de la problemática de la violencia como un asunto de bienestar físico y mental en medio de la guerra civil, de la cual él era una víctima en 1989. Ignacio Martín-Baró trajo su «Psicología de Liberación» al estudio de las experiencias de la guerra en El Salvador, la violenta represión política y el trauma psicológico de los niños salvadoreños. Además, colocó la violencia en el ámbito de las relaciones sociales. En 1984 él escribió: «Sin duda alguna, de todos los efectos dañinos de la guerra en la salud mental de las personas salvadoreñas, el debilitamiento de las relaciones sociales es el peor, porque nuestras relaciones sociales son el andamiaje en el cual confiamos para construirnos a nosotros mismos históricamente, de forma individual y como comunidad humana. Ya sea que se manifieste como trastornos individuales o no. El deterioro de la interacción social es en sí y de sí misma una perturbación social grave, una erosión de nuestra capacidad colectiva para trabajar y amar, afirmar nuestra identidad única».<sup>34</sup>

Martín-Baró quería que la psicología estuviera al servicio del esfuerzo de las personas salvadoreñas hacia la justicia social. Sin embargo, identificó esos impactos individuales colectivos de represión, la guerra y la violencia que no pueden ignorarse cuando se piensa en el contenido del esfuerzo en sí. La historiadora salvadoreña Patricia Alvarenga le siguió la pista

---

34 Ignacio Martín-Baró, «War and Mental Health» en Adriane Aron y Shawne Corne, *Writings for a Liberation Psychology* (Cambridge: Harvard University Press, 1984-1994), 115.

a las raíces de la violencia en la edificación del Estado Nacional desde finales del siglo XIX hasta la masacre de 1932.<sup>35</sup> No es la única en prestar atención al carácter histórico violento de la dominación de Estado en El Salvador al servicio de las élites pudientes. Las élites formaron grupos civiles externos al Estado para su repertorio de represión. Los escuadrones de la muerte jugarían un papel importante durante la guerra civil en El Salvador, y fueron tomados en algunos casos de las mismas comunidades que de otra forma preferían revelarse. Por ejemplo, este era el caso de ORDEN, en Chalatenango.<sup>36</sup> La profunda polarización social y política no se disolvería con un Acuerdo de Paz que se negociase entre los agentes armados, ya que ambos —para ese entonces— tenían cimientos civiles muy fuertes; no obstante, lo que pareció cambiar fueron los discursos de la violencia. Ya para el período de 1984 a 1992, Waxenecker señala que la estadística oficial parecía mostrar un declive de la violencia contrainsurgente, en una época donde las estrategias militares se daban en un contexto de gobierno formalmente electo para convencer al mundo de que Estados Unidos estaba apoyando a un gobierno democrático.<sup>37</sup> Además, argumenta que muchos actos de violencia eran invisibilizados en contra de la visibilidad dramática de la guerra, creando una «zona gris con características invertidas, señalando un declive de la violencia política en un marco general de altos niveles de violencia homicida heterogénea»<sup>38</sup>.

Después de los Acuerdos de Paz, la narrativa emergente pareció darle más claridad a esta «zona gris». La antropóloga Ellen Moodie estudió los discursos acerca de las violencias de la posguerra, que se originaron entre 1993 y 1997,<sup>39</sup> y discutió lo que denomina «el cambio crítico de códigos»

---

35 Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932* (San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 2006).

36 Jenny Pearce, «Promised Land: Peasant Rebellion in Chalatenango. El Salvador».

37 Harald Waxenecker, «Variables Fundamentales para Entender las Estructuras Actuales de Poder en el Triángulo Norte de Centroamérica» en Heinrich Böll Stiftung, *Reconceptualización de la violencia en el Triángulo Norte* (San Salvador: Heinrich Böll Stiftung, 2016), 10-60.

38 Harald Waxenecker, «Variables Fundamentales para Entender las Estructuras Actuales de Poder en el Triángulo Norte de Centroamérica», 32.

39 Ellen Moodie, *El Salvador in the Aftermath of Peace* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2012).

del Estado, en donde después de los Acuerdos de Paz se le dio a la violencia de la posguerra un significado dentro del cual podía considerársele una de las violencias ordinarias, normales, propias de cualquier economía globalizante y neoliberal. Moodie muestra cómo la discusión anterior sobre la manera en que las violencias pueden ser seleccionadas y categorizadas impactó la comprensión cotidiana de la violencia y, finalmente, empañó el fenómeno mismo. El constructo discursivo del nuevo orden modernizado fue bien servido por la distinción que se hizo entre la violencia social (particularmente criminal) y la violencia política. Moodie argumenta: «La violencia comenzó a despolitizarse a medida que las violaciones a la ley se volvieron hechos atomizados y descontextualizados»<sup>40</sup>. Este fue el caso aun cuando una de las víctimas de homicidio, Francisco Velis, había sido anteriormente un miembro de la guerrilla y decidió postularse para la Asamblea Legislativa. Su muerte, durante el periodo de la posguerra, fue establecida como solo una víctima más de la violencia criminal. No fue sino hasta 2001 que nueve detectives, que habían trabajado en la unidad de la policía que investigó el asesinato de Velis, fueron acusados de haberlo matado. El caso señala la continua realidad de las «zonas grises» de violencia de Waxenacher, a pesar de los intentos de reordenamiento discursivo de la violencia, partiendo de una relacionada con la política y la guerra hacia una más bien social y criminal. Es posible que estas categorías no nos permitan entender el fenómeno de manera completa, pero a través de su amplificación en los medios, por ejemplo, estas categorías han adquirido resonancia entre la población, la cual comenzó a ver a las violencias de la posguerra como algo nuevo. Según lo expresa Moodie:

«En una atmósfera de desconocimiento, de preguntarse lo que vendría después, las personas describían los peligros de la post guerra en términos de una experiencia cada vez más personal o privada. Este pensamiento contrastaba con la cantidad de salvadoreños que habían concebido la violencia

---

40 Ellen Moodie, *El Salvador in the Aftermath of Peace*, 63.

de la época de la guerra como una sustentada por una pasión socialmente motivada, por el patriotismo y por el nacionalismo, fuese de izquierda o de derecha»<sup>41</sup>.

Estos constructos discursivos cambiantes, sobre la violencia y sus autores, han significado que una discusión democrática seria sobre la violencia ha sido imposible en El Salvador, sea esta sobre las violencias de la guerra o las violencias de la posguerra. En la medida en que la violencia ha mutado y se ha criminalizado, los criminales son quienes se han vuelto el enemigo dentro del nuevo teatro de la polarización de la posguerra en la política. La profundidad del problema se ve remarcada por el hecho de que además de la Comisión de la Verdad y del Grupo Conjunto, los cuales desde 1992-1993 investigaron tanto las violencias de la guerra como las de los grupos políticos armados ilegales que continuaron existiendo luego de los Acuerdos de Paz. Desde los años 90 hasta el presente surgió una riqueza de literatura académica y de políticas para orientar el pensamiento acerca de la violencia en el país. Muchos han sido los estudios y conferencias que han explorado la naturaleza compleja de las violencias en El Salvador y han intentado sugerir nuevas formas de tratarlas. En 1998, el PNUD estableció durante un año un «Seminario Permanente sobre la Violencia» en donde se buscaba ubicar dentro del diálogo público a la violencia contra la niñez, la violencia juvenil, la violencia de género, la violencia criminal y la violencia intrafamiliar. El apareamiento y las mutaciones de las violencias de la posguerra han recibido un escrutinio intenso.<sup>42</sup> El fenómeno de las pandillas ha sido ampliamente discutido y estudiado a profundidad,<sup>43</sup> al igual que las políticas de seguridad

---

41 Ellen Moodie, *El Salvador in the Aftermath of Peace*, 83.

42 José Miguel Cruz y otros, *The social and economic factors associated with violent crime in El Salvador* (San Salvador: IUDOP-UCA, 1999), 92; Oscar Meléndez y Adrian Bergmann, *Violencia en tiempos de paz: Conflictividad y Criminalización en El Salvador* (San Salvador: Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2015).

43 Wim Savenije y Chris Van der Borgh, «Youth Gangs, Social Exclusion and The Transformation of Violence in El Salvador» en *Armed Actors: Organised Violence and State Failure in Latin America*, ed. Kooning y Krujit (London: Zed Books, 2004), 155-71; José Miguel Cruz, «Central American maras: from youth Street gangs to transnational protection rackets», en *Global Crime* 379-398, Vol. 11, No. 4, 2010; Carlos Mario Perea Restrepo, *Un Extremo de Nosotros: Lo Público y La Paz en El Salvador y Nicaragua* (Chile: CEPAL, 2015).

de Mano Dura para lidiar con ellas, el papel de la policía<sup>44</sup> y las dimensiones de género, pobreza y desigualdad<sup>45</sup>, así como también el papel de las armas cortas en la violencia.<sup>46</sup> Los periodistas de *Insight Crime* y El Faro también han documentado la evolución del crimen y la violencia con valentía.

No obstante, como lo argumenta Miguel Huezo Mixco en un ensayo para el proyecto del PNUD «Violencia en una Sociedad en Transición»<sup>47</sup>, lo que sobresale es que estos estudios han tenido poco impacto sobre la comprensión de la violencia en la sociedad en general o en las élites. La narrativa instalada es que la violencia social ha predominado en El Salvador desde finales del siglo XIX; se transformó en violencia política durante los años 80 y en los años 90, después del final de la guerra, se volvió principalmente una violencia criminal.

## **Por qué pensar que la violencia contribuye a pensar acerca de la paz**

Lo que nos hace falta es una concordancia entre pensar acerca de la violencia y los enfoques sobre seguridad que pudieran ser coherentes con ese pensar. Si la violencia no es vista como un mal inevitable en la sociedad humana, sino como uno que surge de ciertas formas de relaciones sociales, es posible imaginarse una política y unas políticas que pudieran reducirla.

---

44 Charles T. Call, «Democratization, War and State-Building: Constructing the Rule of Law in El Salvador» en *Journal of Latin American Studies* Vol. 35 (San Salvador: IUDOP-UCA, 2003), 827-62.

45 Mo Hume, «Contesting Imagined Communities: Gender, Nation and Violence in El Salvador» en *Political Violence and the Construction of National Identity in Latin America*, ed. Will Fowler y Peter Lambert (London: Palgrave Macmillan, 2006), 73-90; Mo Hume, «(Young) Men with Big Gungs: Reflexive Encounters with Violence and Youth in El Salvador» en *Bulletin of Latin American Research*, 480-96, Vol.26, No. 4, 2007.

46 William Godnick, Robert Muggah y Camilla Waszink, «Stray Bullets: The Impact of Small Arms Misuse in Central America» (Geneve: Small Arms Survey, 2002).

47 Miguel Huezo Mixco, «Cultura y Violencia en El Salvador» en *PNUD Violencia en una Sociedad en Transición* (San Salvador: PNUD, 2000), 115-138.

No obstante, cuando la política opera mediante la construcción de enemigos, es difícil comenzar una conversación que gire en torno a políticas que puedan aceptar los desacuerdos y conflictos de todas las sociedades (la política agonista de la concepción de Chantal Mouffe<sup>48</sup>, sin que caigan en el antagonismo del cual escribió Carl Schmitt (en los años de 1920) en su «concepto de lo político».<sup>49</sup> Cómo puede uno, en aquellas sociedades en donde la violencia es crónica y está instalada, comenzar a construir una conciencia de que las políticas que generan más violencias también cierran los espacios para la participación y la voz, y destruyen el potencial democrático para el cambio. Aquí se argumenta que un primer paso es pensar acerca de la violencia de una manera nueva. La violencia es un fenómeno con distinciones propias, que debería ser visto en términos de su daño somático y cuya discusión es tan importante como tratar las desigualdades sociales que, se sabe, lo reproducen. Por lo tanto, la resignificación de la paz requiere que se reconozcan las significaciones que conlleva y genera la violencia, y el menoscabo que surge, tanto colectivo como individual, y un menoscabo al bienestar social y a la capacidad de construir la paz. Una forma de tratar la violencia es repensar también los significados de la seguridad y cómo el estado puede brindar una seguridad que reduzca la ansiedad y pueda edificar la certidumbre y la confianza en el Estado y en el Estado de Derecho, sin reproducir la violencia.

## **Seguridad: ¿un sinónimo de paz?**

Si la violencia es lo opuesto a la paz, la seguridad debería de ser un sinónimo de eso mismo. Debería precisamente significar un sentido de libertad de las ansiedades que permita a las personas participar en todas las formas de vida social, económica y política. La seguridad debería construir espacios sociales para la comunicación intersubjetiva y generadora de relaciones que habiliten a las personas en el tiempo a recuperarse del trauma y recibir apoyo social. En dicho proceso, las personas comenzarán a ver la importancia del Estado

---

48 Chantal Mouffe, *The Return of the Political* (London: Verso, 2005).

49 Carl Schmitt, *The Concept of the Political* (Chicago: University of Chicago Press, 1996).

de Derecho como respuesta a la violencia y no como una represión extrajudicial. La seguridad constructora de la paz debe originarse en pleno Estado de Derecho; este es un gran reto para Centroamérica donde los estudios han enfatizado la debilidad del Estado de Derecho como un flagrante ejemplo de los grandes vacíos en la democracia de Centroamérica.<sup>50</sup> En consecuencia, las élites deben aceptar que ellos también son sujetos a la ley y no pueden recurrir a la violencia para proteger sus intereses, lo que significa que el dinero no debería de comprar la seguridad, más bien la seguridad debería ser un bien común que asegure la reducción de la violencia y promueva la paz.

Esta visión es por supuesto difícil de imaginar en El Salvador o en el contexto de los países del Triángulo Norte. Sin embargo, la idea de que la seguridad podría estar asociada con paz y reducción de violencia necesita, por lo menos, ser discutida entre la población cansada y traumatizada por la inseguridad y violencia reproduciendo respuestas de seguridad. Esta tarea no es tan difícil como parece, pero requiere una discusión en todos los niveles de la sociedad. Algunos son más impactados por otros por la inseguridad, otros son afectados de diferente manera por su género, sexualidad, etnia o generación. Mientras que otros compran la seguridad que necesitan, pero con eso se aíslan de la sociedad de sus alrededores y con ello sucumben a los efectos somáticos del miedo y la ansiedad. Por ello la capacidad para resolver problemas económicos y sociales se reduce.

Esta reflexión de cómo ha sido discutida la violencia de la posguerra en El Salvador no ha utilizado las estadísticas para demostrar los argumentos. Existen muchos estudios estadísticos de homicidio en El Salvador que hacen precisamente eso; por ejemplo, JUDPAS, Observatorio de la Violencia: Mortalidad, y otros boletines anuales. Esto no desestima la significancia de las personas que sufren y mueren por la violencia, por el contrario, enfoca la atención en la forma en que la violencia ha sido concebida en sus significados. En diferentes momentos, la violencia ha sido ilustrada con variados significados y significados contruïdos en el país. Se ha cimentado un sentido de cultura de violencia criminalizada, que solo puede ser resuelta a través de

---

50 Fran T. Mary Malone, *The Rule of Law in Central America* (London: Bloomsbury, 2012), 7

uso de violencia contestataria. Esto queda de manifiesto en las consultas de opinión pública y encuestas académicas que las narrativas de violencia en El Salvador han construido significados entre la población, que hacen aceptables los actos de violencia y crueldad en contra de los perpetradores.

Las experiencias directas de violencia han mostrado ser menos que los miedos subjetivos de violencia<sup>51</sup>. Sin embargo, en una encuesta de 1,200 salvadoreños adultos, 39.7 por ciento expresó que en algunas situaciones era aceptable violar la ley para capturar delincuentes.<sup>52</sup> El mismo estudio encontró que cuatro de cada diez salvadoreños no lo aprobarían, pero entenderían si la policía recurriera a la tortura para obtener información sobre el crimen organizado; un número similar dijo que aprobaría esa práctica. Mientras que solo una de cada cinco personas no la aprobaría. Los resultados fueron similares en términos de aprobación y desaprobación de asesinatos extrajudiciales. Mientras que casi la mitad de los encuestados entenderían, no aprobarían a los grupos de civiles asesinando personas consideradas indeseables, lo que se conoce como «limpieza social» en América Latina. Todas estas prácticas tomaron lugar durante la guerra, pero su significado era asociado a objetivos políticos. Sin embargo, aún en la posguerra en El Salvador, esos mismos significados promueven actos de violencia en el nombre de la seguridad que son políticamente justificables y lucrativos a actores estatales.<sup>53</sup> Para las élites que pueden pagar seguridad privada, esto significa que la atención no se enfoca en la impunidad, las deficiencias del Estado de Derecho y la necesidad de fortalecer y financiar la seguridad como un bien común, sino más bien en los grupos armados en comunidades pobres que son los nuevos enemigos del Estado.

En lugar de contribuir con los principios de reducción de violencia, las narrativas de violencia en El Salvador han contribuido a lo que llamo

---

51 José Miguel Cruz, Jeannette Aguilar y Yulia Vorobyeva, *Legitimidad y confianza pública de la policía en El Salvador* (San Salvador: IUDOP, 2017)

52 José Miguel Cruz, Jeannette Aguilar y Yulia Vorobyeva, *Legitimidad y confianza pública de la policía en El Salvador*, 31

53 Jenny Pearce, «Perverse State Formation and Securitized Democracy in Latin America» en *Democratization* 17,2, 286–306

«ciudadanía autoritaria»,<sup>54</sup> deseos de una pequeña minoría de violentar los derechos de otras personas en la búsqueda de lo que es concebido como seguridad, como es la eliminación de esos nuevos enemigos. Esto se vuelve casi una estrategia muy evidente de políticas de seguridad e implementación y de lo que yo llamo «políticas de control de violencia», para apuntar al perpetrador sin siquiera reflexionar en la reducción de la violencia. Un enfoque de paz para la construcción de la seguridad no ofrece una solución rápida, ya sea para la violencia o el crimen, ni tampoco lo hace la seguridad represiva. Pensar en la violencia como lo opuesto a la paz, sugiero, induce a pensar sobre el crimen y desarrollo social en nuevas formas. El crimen organizado en sí mismo es una plaga violenta económica no regulada en Centroamérica. Estos crímenes son por lo general facilitados por la corrupción de actores estatales y una línea difusa entre transacciones económicas aparentemente legales. El uso selectivo de violencia por el Estado, en el nombre del «monopolio legítimo estatal» ha debilitado al estado mismo.

Dado que la violencia ha crecido en la región, una extraña simbiosis ha surgido entre lo extra institucional y lo institucional, lo formal y los poderes de facto, lo aparente y lo escondido. Waxcenecker discute sobre «las distorsiones ilícitas del sistema democrático».<sup>55</sup> Solo la seguridad, conjuntamente con el Estado de Derecho, accesible a todos los ciudadanos y equitativamente disponible puede comenzar a ganar la confianza de los ciudadanos y reducir la ansiedad que inyecta su autoritarismo. De esta manera, nuevas narrativas de violencia y seguridad podrían emerger, lo que coloca la meta de la paz y la construcción de la paz en el objetivo principal.

---

54 Jenny Pearce, «Ciudadanía Autoritaria y la Política de Control de las Violencias en América Latina», *Revista Cultura* 116, julio-septiembre 2015, 109-120; Jenny Pearce, «Authoritarian and Resistant Citizenship and Contrasting Logics of Violence Diffusion and Control in Latin America» en Jurgen Market y Bryan Turner, *The Transformation of Citizenship* (London: Routledge, 2017), 127-146.

55 Harald Waxcenecker, «Variables Fundamentales para Entender las Estructuras Actuales de Poder en el Triángulo Norte de Centroamérica», 45.

## **Conclusión: resignificación de la paz en un contexto crónico de violencia**

Resignificar la paz no puede ser una tarea abstracta, lo cual proclama un ideal. Debe adjuntarse a la transformación del presente. En ese sentido, necesita un contenido conceptual que oriente a actos prácticos coherentes y consistentes. El contenido conceptual, argumento aquí, apoya primero ver la paz como lo opuesto a la violencia. La violencia es entendida con un significado cargado y un significado generador e impactante en el cuerpo, dirigido al dolor individual físico, psíquico y traumático que permea relaciones sociales y que por siguiente se reproduce a través de ellos y en el tiempo. Esto es violencia crónica. Debe colocarse en el centro la construcción de la paz, la reducción de la violencia y sus manifestaciones plurales en todos los espacios de socialización. La violencia es manejable, no es inevitable u ontológica.

Una respuesta que se pueda implementar es ver la seguridad como parte de la paz y desarrollar políticas de seguridad que reduzcan la violencia. Para que esto suceda, la seguridad debe ser un bien común. Los agentes de seguridad deben estar bien entrenados y verse a ellos mismos como agentes y promotores de la paz. Sobre todo ellos, así como otros ciudadanos, deben saber que están sujetos al Estado de Derecho y a los códigos que una sociedad desarrolla para sancionar las violencias que los vuelve criminales. Esto por sí mismo requiere una discusión sobre la violencia que descarte la selectividad que actualmente se hace. Reconocer esto es el primer paso para la construcción de la paz y la justicia social que sea sostenible.



# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, Tani. «Chronic Violence and Non-Conventional Armed Actors: A Systemic Approach». *Report Series on Non Conventional Armed Actors*. Oslo: NOREF and Clingendael, 2014
- Alvarenga, Patricia. *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San Salvador: CONCULTURA, 2006
- Arendt, Hannah. «Violence». New York: Harvester Press, 1970
- Arevalo de León, Bernardo y Tager, Ana Glenda. (2016) «Armed Social Violence and Peacebuilding: Towards an Operational Approach». En *Undeclared Wars Exploring a Peacebuilding Approach to Armed Social Violence*, editado por Unger, Barbara, Dudouet, Veronique, Dressler, Matteo and Austin, Beatrix, 1-30. Berlin: Berghof Foundation, 2016
- Boyce, James, ed. «Economic Policy for Building Peace Boulder», Colorado: Lynne Rienner, 1996.
- Bowlby, John. «Attachment Vol. 1 Attachment and Loss». Harmondsworth: Penguin, 1971
- Call, Charles T. «Democratization, War and State-Building: Constructing the Rule of Law in El Salvador». En *Journal of Latin American Studies*, Vol. 35, 827-62, 2003
- Cruz, José Miguel y otros. «The social and economic factors associated with violent crime in El Salvador», 92. San Salvador: IUDOP-UCA, 1999
- Cruz, Jose Miguel. «Central American Maras: from youth street gangs to transnational protection rackets». En *Global Crime* Vol. 11, No. 4, 379-398, noviembre de 2010
- Cruz, Jose Miguel. «Police Misconduct and Political Legitimacy in Central America». En *Journal of Latin American Studies* Vol. 47, Issue 02, 251-283, May 2015
- Curle, Adam. «Another Way: Positive Response to Contemporary Violence». Oxford: Jon Carpenter Publishing, 1995
- Dudley, Stephen. «Homicides in Guatemala: Analyzing the Data. 20 April». En: <http://www.insightcrime.org> 2017

- Galtung, Johan. «Violence, Peace and Peace Research Journal of Peace Research» 6(4) 167-191, 1968
- Godnick, William, Robert Muggah y Camilla Waszink. «Stray Bullets: The Impact of Small Arms Misuse in Central America». Geneva: Small Arms Survey, 2002
- Huezo Mixco, Miguel. «Cultura y Violencia en El Salvador». En PNUD *Violencia en una Sociedad en Transición*, 115-138. San Salvador: PNUD, 2000
- Hume, Mo. «Contesting Imagined Communities: Gender, Nation and Violence in El Salvador». En: Will Fowler and Peter Lambert, eds. *Political Violence and the Construction of National Identity in Latin America*, 73-90. London: Palgrave Macmillan, 2006
- Hume, Mo. «(Young) Men with Big Guns: Reflexive Encounters with Violence and Youth in El Salvador». En: *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 26, No. 4, 480-96, 2007
- Malone, Fran T Mary. «The Rule of Law in Central America». London: Bloomsbury, 2012
- Martín-Baró, Ignacio. «War and Mental Health». En: Aron, Adrienne y Corne, Shawne. *Writings for a Liberation Psychology*, 108-121. Cambridge: Harvard University Press, 1984-1994
- Meléndez, Oscar y Bergman, Adrian, eds. *Violencia en Tiempos de Paz: Conflictividad y Criminalización en El Salvador*. San Salvador: Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2015
- Moodie, Ellen. «El Salvador in the Aftermath of Peace». Philadelphia: University of Philadelphia Press, 2010
- Moser, Caroline y Winton, Ailsa. «The Central American Region: Towards and Integrated Framework for Violence Reduction», 171. London: Overseas Development Institute Working Paper, 2002
- Mouffe, Chantal. «The Return of the Political». London: Verso, 2005
- Niehoff, Debra. «The Biology of Violence». New York: The Free Press, 1999
- Pearce, Jenny. «Promised Land: Peasant Rebellion in Chalatenango. El Salvador». London: Latin America Bureau, 1986

- Pearce, Jenny. «Bringing Violence back home: Gender Socialization and the Transmission of Violence through Time and Space». En: *LSE's Global Civil Society Yearbook*. London: Sage, 2007
- Pearce, Jenny. «Violence, Power and Citizenship in Contexts of Chronic Violence». En: *IDS Working Paper No. 274*, Brighton: Institute of Development Studies, 2007
- Pearce, Jenny. «Perverse State Formation and Securitized Democracy in Latin America». En: *Democratization*, 17, 2, 286-306, 2010
- Pearce, Jenny. «Ciudadanía Autoritaria y la Política de Control de las Violencias en América Latina». En: *Revista Cultura 116*, 109-120, julio-septiembre, 2015
- Pearce, Jenny. *¿Quiénes Construyen la Paz?: Veinte Años de Aprendizaje desde Guatemala a Colombia*. Guatemala: Fundación Propaz, Ciclo de Conferencias Internacionales, 2017
- Pearce, Jenny. «Authoritarian and Resistant Citizenship and Contrasting Logics of Violence Diffusion and Control in Latin America». En: Mackert, Jurgen and Turner, Bryan. *The Transformation of Citizenship*, 127-146. London: Routledge, 2017
- Pearce, Jenny. «Politics and Violence». London: Palgrave Macmillan, 2018. En prensa.
- Perea Restrepo, Carlos Mario. *Un Extremo de Nosotros: Lo Público y La Paz en El Salvador y Nicaragua*. Chile: CEPAL, 2015
- Riches, David, ed. «The Anthropology of Violence». Oxford: Basil Blackwell, 1986
- Savenije, Wim y Chris Van der Borgh. «Youth Gangs, Social Exclusion and the Transformation of Violence in El Salvador». En: Kooning y Kruijt eds. *Armed Actors: Organised Violence and State Failure in Latin America*, 155-71. London: Zed Books, 2004
- Scarry, Elaine. «The Body in Pain». Oxford: Oxford University Press, 1985
- Scheper-Hughes, Nancy y Bourgois, Philippe. «Introduction: Making Sense of Violence. En: N. Scheper-Hughes y P. Bourgois. *Violence in War and Peace: An Anthology*, 1-32, 2004
- Schinkel, Willem. «Aspects of Violence». Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010

- Schmitt, Carl. «The Concept of the Political». Chicago: University of Chicago Press, 1996
- Waxenecker, Harald. «Variables Fundamentales para Entender las Estructuras Actuales de Poder en el Triángulo Norte de Centroamérica». En: Heinrich Boll Stiftung, *Re-conceptualización de la violencia en el Triángulo Norte*, 10-60. San Salvador: Heinrich Boll, Stiftung, 2016
- Wolf, Sonia. «Mano Dura: The Politics of Gang Control in El Salvador». Texas: University of Texas Press, 2017
- World Health Organization. «Global Status Report on Violence Prevention, 2014». Geneva: WHO, 2014